

Las Casas, produjeron, al establecerse los gobiernos virreinales, las famosas *Nuevas Leyes*, que tornaban á suprimir las encomiendas de los funcionarios civiles y eclesiásticos, limitaban extraordinariamente las de los particulares, prohibían que se proveyeran ó renovaran, suprimían casi por completo la esclavitud, etc. También tuvo que transigir el monarca; las sublevaciones del Perú habían sido una terrible lección; era imposible suprimir el régimen; había que contentarse con atenuarlo, y frailes y virreyes emplearon en ello su celo.

Nuevas disposiciones fueron haciéndose efectivas con el objeto de obligar á los indígenas, remontados ó substraídos á la acción de la autoridad, á reunirse en poblaciones, en congregaciones, á hacerlos sedentarios, en suma, y civilizarlos; esto tuvo muy poco éxito y dió lugar á gravísimos abusos. Más eficaces fueron las medidas que, por consejo de las órdenes religiosas, que consideraban suya á la raza indígena, se encaminaron á aislarla de los grupos españoles, á evitar todo contacto entre ellos, aun entre los encomendados y los encomenderos. Éste fué un grave mal, de trascendencias fatales. La familia indígena sólo podía asimilarse plenamente la nueva cultura transformándose, es decir, mezclándose con la sangre de los introductores del espíritu nuevo; y esto encontró trabas infrangibles en el sistema de aislamiento.

Pronto, al ardor de los primeros apóstoles, sucedió la monótona rutina de explotación del fraile de la segunda y tercera generación, posteriores á la de la conquista, ya en paz y buena armonía, con los que, de hecho, conservaban el señorío de la población rural, ya que no el tributo y la encomienda. Las supersticiones habían cambiado de rumbo, mas no de esencia en el grupo indígena y extrañan toda la savia de su espíritu; en vano algunas individualidades, algunos grupos llegaban, en los colegios y universidades fundadas por los españoles, á la cultura superior de su tiempo; éstos se confundieron con los vencedores y sus descendientes. Pero la gran masa fué vasalla mental de la superstición y del vicio; del vicio de la embriaguez, que se cebó después en la familia vencida mucho más que antes de la Conquista y que, si por circunstancias especiales de ocupación y de medio, ha mantenido cierto vigor animal en un grupo humano destinado al crecimiento moral por sus facultades de carácter, en cambio lo ha atrofiado en un raquitismo espiritual, aun no incurable por fortuna.

El contacto con los conquistadores, la dureza de los encomenderos, y luego terribles epidemias, que parecían destinadas á ellos especialmente, redujeron de algunos millones, durante el siglo xvi, la población indígena sometida.

Los *criollos*, es decir, los españoles de América, formaron rápidamente la cepa de un grupo que había de constituir un elemento especial en la formación de la sociedad nueva; de él nació el grupo mexicano; pero él fué, al principio, levántisco, amigo de novedades, inquieto, expoliador implacable del indígena, y después que llegó hasta la conspiración y el deseo torpemente expresado de emanciparse de los monarcas españoles, que desconocían su derecho sobre los pueblos adquiridos por sus padres (conjuración llamada «de los hijos de Cortés»), fué poco á poco cayendo en la ociosidad, en los vicios (juego y lujo) y en la conformidad inactiva con todo. Sin embargo, nunca el criollo perdió esta convicción: «el español, dueño de los países americanos por derecho de conquista (era entonces considerado como superior á los otros), es el criollo. Pero el criollo, como sus padres los conquistadores y

primeros pobladores, es fiel á su rey, por eso le obedece, y al representante de su rey, al virrey, por eso lo respeta y lo adula. Pero es un aristócrata, un noble, tiene abuelos, un árbol genealógico, y desprecia al español recién llegado, que, ó es un usurpador de los empleos que al criollo debían tocar por derecho y porque así lo dispusieron en el comienzo los reyes, ó es un inferior, porque ni tiene la educación (buenos modales, amabilidad dulce del sometido, melosidad en el trato social con que la lengua y la pasibilidad eterna del indígena lo ha contaminado, influencia por ventura del clima, en extremo suave, tibio, acariciador) ni tiene la instrucción que el criollo, cuando es abogado ó clérigo, llega á adquirir en los colegios, casi nunca visitados por el mercader, el minero, el labrador que de España viene.»

Éste, al cabo, asciende á criollo en sus descendientes, y suele ennoblecerse comprando títulos al famélico tesoro español, y entra con los mismos rencores secretos, los mismos vicios y la misma cualidad de apego á la tierra, considerada tan España como la vieja España, que sus congéneres. El español que viene al empleo, y pasa, ése no echa raíces más que de desprecio y honda hostilidad. Frecuentemente procura enriquecerse y lo logra. El otro español es el eclesiástico; ése suele ser hombre de gran virtud, de gran ciencia teológica; ése es el amigo del criollo; ése lo levanta en la consideración social, en la amistad de la Iglesia, que de él recibe dones innumerables: en el colegio, en la universidad, en las obras de caridad á que le invita siempre, en los donativos al rey á que le impulsa con frecuencia.

Uno de los primeros virreyes ordenó que se recogieran los hijos de españoles y de indígenas para darles la educación que debían tener: se trataba de infortunados. Ésta fué la primera tentativa de agrupación de los mestizos, de la familia nueva, de la nacida de las dos razas, de los *mexicanos*. El marqués de Mancera (25.º virrey) los describe ya como una parte importante de la población y los elogia, en el siglo siguiente al de la Conquista. Esto prueba que crecieron lentamente, por el aislamiento sistemático de las dos razas; era la nacionalidad mexicana, que había de convertirse en nación aglutinándose al núcleo *mestizo*, como decían los virreyes; *mexicano*, como nosotros repetimos.